1727 - 1

"ETICA Y POLITICA"

(Charla en la Escuela de Derecho de la Universidad Arcis. Inauguración año académico 2007).

No nos cabe duda de que el deterioro de la actividad política podríamos decir su desprestigio, está en el centro de las preocupaciones sociales y, por lo mismo es parte importante en los debates sobre los grandes problemas y desafíos del país. Ello hace muy significativa la reflexión sobre un tema del cual no puede estar ausente la Universidad, ni la juventud: el problema del poder político y las connotaciones éticas envueltas en su conquista y ejercicio. Así me explico el tema sobre el cual tan generosamente se me ha invitado a hablar, lo que agradezco sinceramente.

Pues bien, dado que las reflexiones que haremos no están ajenas a la actual coyuntura debemos empezar por clarificar que la realidad de hoy –efectivamente digna de preocupación- se encuentra en alguna medida importante distorsionada y abultada por grupos interesados que ven en el desprestigio de la política la posibilidad más concreta de acceder al poder. Están también los que no creen en la democracia. Al efecto no se puede olvidar que en Chile hubo un régimen totalitario que durante 17 años se dedicó a caricaturizar diariamente la política como una actividad despreciable y que hoy, en alguna medida importante, son los mismos rostros y los mismos medios de comunicación que ayer lo hicieron los que hoy desempeñan un papel de vanguardia en el desprestigio de la política y de los políticos.

Dado lo anterior si queremos tratar el problema con la objetividad que se merece un ambiente universitario siempre será necesario hacer algunas puntualizaciones previas y aplicar el bisturí para separar el mal –que efectivamente existe- de las exageraciones, falacias y demagogia que a menudo cubren su análisis.

Deseo ser claro: al hacer la puntualización referida no es mi ánimo disminuir la gravedad de un problema existente, y preocupante, ni menos eludir responsabilidades de algunos partidos o sectores. Se trata tan solo de trabajar con la verdad y junto con ello procurar hacer conciencia de que si hoy existe y siempre habrá sectores interesados en desprestigiar la política, es obligación de los demócratas ser especialmente auto-exigentes en asuntos de probidad y ética pública sin dar jamás motivo para que personalismos exagerados, escaramuzas de política pequeña ni, mucho menos, actos de corrupción contribuyan al desprestigio de la actividad política y, por lo mismo, de la democracia. Digamos las cosas en otra forma: no estamos entre quienes pregonan dichosos el fin de la historia bajo el actual sistema neoliberal y el fin de la política, estamos entre quienes hacemos criticas severas a formas actuales de hacer política en el afán de procurar convertirla cada día más en instrumento eficaz para cambiar estructuras injustas y poder así contribuir a la felicidad humana.

Aclarado lo anterior y entrando más directamente en el tema, no nos caben dudas de que si la política es la actividad que trata de la conquista y ejercicio del poder para el buen gobierno de los pueblos y la ética es el "deber ser" aplicable a toda conducta humana existen entre ambas disciplinas –política y ética- evidentes relaciones y concomitancias. Mas aún, los imperativos éticos, el expresado "deber ser", surge con especial fuerza tratándose de la política donde está comprometido el bien común y donde se producen las más diversas situaciones de interrelación entre algunos seres humanos con otros, mezclado ello con problemas de poder o influencia que crean situaciones de dependencias recíprocas. Pensemos, por ejemplo, en el ciudadano que vota y en quien es elegido. Por otra parte, es algo inherente en esta relación que el poder adquirido –sea por elección popular o nombramiento- afecta a la totalidad de los habitantes o integrantes de un país o comunidad al margen de que ellos no hayan participado en el origen del poder político creado. Esta circunstancia tan especial aumenta claramente las responsabilidades del político.

Definir con palabras lo que es el "deber ser ético" del político no es fácil. Es sabido que en cuanto a la moral existió históricamente una cierta dependencia con lo místico, lo divino. Por ejemplo, la norma moral surgía de la Biblia, de El Corán o de otros textos religiosos que además impregnaban la totalidad de la cultura. Pero claramente al margen de esas fuentes y de otras de carácter positivo -pensemos en los grandes filósofos o políticos de Grecia o Roma- no cabe dudas de que de la conciencia humana colectiva – enriquecida por dichas fuentes- han surgido siempre ciertos imperativos éticos insoslayables reconocidos por la comunidad. Así, por ejemplo, con respecto a los políticos, la conciencia colectiva, podríamos decir incluso el sentir y el clamor popular, exigen al servidor público una moral mucho más rigurosa que la establecida para la generalidad de la población, moral esta última que constituiría sólo una especie de piso. Mas aún, el hombre común, digamos, por ejemplo, el elector tiende a pensar que el servidor público carece del derecho a la reserva de su intimidad aún tratándose de su vida privada, situación que no afecta al común de los ciudadanos.

En el aspecto señalado pienso que constituye una realidad social que el elector vota suponiendo en la persona a la cual elige aptitudes, virtudes y capacidad de visualización de metas grandes, atributos que al revelarse después inexistentes causan en dicho elector decepción y sensación de engaño, lo cual desprestigia, además, a la política en términos generales. No nos debe extrañar lo anterior pues ya Cicerón expresaba que la democracia descansaba en las virtudes de los servidores públicos. Esta constatación se hace más real en los tiempos actuales y en sociedades como las nuestras donde una excesiva e inmoral estratificación de los grupos sociales hace que a veces para un sector marginal de la población el único contacto humano real con lo que se pudiera calificar como elite cultural o social es, justamente, su representante popular (digamos senador, diputado, concejal o alcalde). En este contexto la conducta inmoral, corrupta o simplemente frívola o despreocupada de la persona elegida a la cual se le consideraba ejemplo de vida: contamina al conjunto de los representantes populares y, por lo mismo, a la democracia en su globalidad. En este

aspecto la frase "los políticos son todos iguales" –igual, por supuesto, al que se ve en su comuna o distrito- es muy expresiva de una evidente y preocupante realidad social. En verdad, las promesas que no se cumplen, las presencias personales ofrecidas que no se hacen realidad, incluso la farandulización de la política, para que decir la corrupción cuestan muy caras al conjunto del quehacer político. Digámoslo en otra forma: el político corrupto, deshonesto, frívolo o que simplemente se ve afectado por lo que la diputada ya fallecida Laura Rodríguez llamó "virus de altura" comete el peor de los crímenes: contribuye a matar la esperanza del pueblo y de las nuevas generaciones –de por si idealistas- de construir un mundo mejor en base a los valores y métodos inherentes a la democracia.

Deseo aclarar que normalmente cuando se plantea el problema de las relaciones entre la ética y la política surgen casi invariablemente dos posturas: una que se identifica como "ética del testimonio" y la otra "ética de la responsabilidad". Para la ética del testimonio lo importante en la vida política es adherir consistentemente a valores profundos, promoverlos decididamente y llevarlos a la práctica por sobre cualquier tipo de dificultades o limitaciones. La otra visión –la ética de la responsabilidad- pone especial énfasis en la necesidad de considerar las realidades y limitaciones que impone la vida concreta las que obligan muy a menudo a actuar con prudencia para los efectos de evitar desgobierno o males mayores. Pensamos que las cosas no se plantean en la vida real en términos tan absolutos y excluyentes pero en todo caso señalo que me asusta que un excesivo pragmatismo en los tiempos actuales tienda sistemáticamente a justificar en nombre de la "responsabilidad" la pasividad frente a lo malo o injusto. Dicho excesivo pragmatismo o conformismo nada tiene que ver con lo que Tony Misfud señala como misiones de la ética: anunciar valores, denunciar abusos y promover las grandes utopías en torno a la fraternidad.

En todo caso, más allá de las reflexiones que se puedan hacer sobre ética del testimonio o ética de la responsabilidad tenemos la

convicción de que siempre el político por la función social que cumple y la repercusión pública de sus actos está obligado a ser transparente, veraz, con capacidad y preparación para aportar en forma significativa en la solución de los problemas de la gente cada vez más complejos. Igualmente, debe ser respetuoso de la diversidad y con vocación para integrar a todos los miembros de la comunidad que representa. En alguna medida el político debe ser paradigma de virtudes públicas y privadas. Desde luego es de la esencia del político no aprovecharse de su cargo en beneficio personal, lo que constituye corrupción, la que degrada al político y a la política. Jamás puede tolerarse la vileza de quien habiendo pedido cargos o votos para servir a la gente termine aprovechándose de la buena fe de la gente. Por otra parte, el político para conquistar poder no debe recurrir jamás a dadivas o gastos exagerados ni a promesas que no se podrán cumplir. También siempre debe haber consecuencia entre lo que se piensa, se dice y se hace.

Existe otro aspecto en el cual no puede haber ningún tipo de relativismos, es en materia de derechos humanos. En este sentido el político no puede jamás vulnerarlos, ni colaborar con quien los vulnera, ni justificar su violación. Nunca, en ninguna circunstancia y con ningún pretexto. Ese compromiso constituye un mínimo ético en cualquier convivencia civilizada. También lo es luchar contra la impunidad en estas materias.

Por otra parte, más allá de lo dicho que podríamos identificar con la moral elemental del político, es preciso referirse a otro aspecto que se relaciona más con el "imperativo de hacer" que con las obligaciones de "no hacer" que pesan sobre el político. La ausencia o déficit de esta moral positiva, del "deber hacer en política", pienso que es tal vez lo que más contribuye al alejamiento de la política por parte de la gente más sufriente o idealistas de la sociedad.

Me explico: normalmente en toda sociedad existen situaciones de injusticia latente que generalmente implican que un sector de la comunidad

se ve privada de derechos fundamentales o padece de déficit o carencias a menudo escandalosas en cuanto ingresos para vivir o accesos a la salud, vivienda, o educación, o posibilidades de entretención, practicar deportes o acceder a la cultura. Incluso de participar en forma real en la dirección del país. Frente a estas realidades, claramente el mantenimiento de ellas, digamos el statu-kuo, implica por una parte la perpetuación de lo arbitrario con respecto a quienes padecen la carencias o injusticia y, por otra parte, la prolongación de los privilegios con respecto a aquellos usufructuarios de la realidad injusta.

Pues bien, siendo la política el instrumento natural para modificar aunque sea en parte las realidades sociales injustas, la conducta del político que permanece indiferente, pasivo, tolerante y que no pone su alma y coraje para procurar superar lo injusto tiene un comportamiento claramente amoral, es decir ajeno a los imperativos éticos que pesan sobre el político. Esta ausencia de una ética activa es también, claramente, una inmoralidad que contribuye a que el hombre común se aleje de la política que pasa a constituir así un quehacer ajeno a las necesidades y esperanzas del ser sufriente de carne y hueso. Ello contribuye también a que se vea al político como una persona mucho más preocupado de satisfacer sus ambiciones personales o su ego, o ser actor de la farándula, que una persona realmente comprometida de corazón en servir a la gente y afrontar seriamente la solución de sus problemas. Dentro de esta realidad de vacío o inoperancia de la actividad llamada naturalmente, e institucionalmente, a afrontar con seriedad los problemas sociales surge, muchas veces, la tentación de la violencia o, cuando menos, el no creer en nada, ni en nadie. Falta de creencia en lo grande que es substituida así por pequeños y falsos Dioses: el mercado, el populismo carente de sustancia, la televisión convertida en farándula. También la tentación totalitaria. Insistimos, lo peor de la mala política es que mata la esperanza y fe de la gente en las misiones humanas sustentadas en valores trascendentes. Mata sueños, utopías y el pensar en grande que constituyen médula y motor del actuar ético en política. Digamos algo más: pensamos que allí donde las elites políticas aparecen como

realmente comprometidas con el pueblo y con grandes ideales difícilmente aflora la corrupción.

Creemos importante hacer notar que lo expresado respecto al "deber hacer" del político, no obsta a que la gente frente a sus grandes problemas y anhelos tenga clara conciencia de que no existen soluciones fáciles e inmediatas. Nadie espera milagros. Lo que la gente espera de los servidores públicos y especialmente de aquellos a quienes les ha entregado su apoyo y su fe es que éstos se comprometan de corazón con sus problemas y sus sufrimientos, que los sientan como propios y que pongan todo su esfuerzo, alma y capacidad para encontrar las soluciones adecuadas. La antitesis de esta conducta es la frivolidad, las disputas pequeñas al interior de los partidos o fuera de ellos, la farándula, el anteponer los proyectos y lucimientos personales por sobre los grandes proyectos de bien común.

Tal vez lo que estamos diciendo lo podemos expresar en otra forma: la gente sencilla sabe que hay muchas cosas que son prácticamente imposibles o muy difíciles de obtener pero lo que se espera de los políticos es que pongan todo su esfuerzo en reducir la frontera de lo que efectivamente es imposible de conseguir y, a su vez, en ampliar el inmenso horizonte de lo que efectivamente se puede alcanzar si existe decisión, coraje, amor al pueblo y una visión de futuro realmente comprometida con ideales profundos de humanidad y justicia.

Pensamos que estas reflexiones sobre lo que a veces cómodamente se considera imposible, y la falta de decisión y coraje para enfrentar ciertas responsabilidades sociales, mucho tienen que ver con la actual crisis de la política.

¿A qué me refiero? Sabemos, por ejemplo, que venimos saliendo de un período histórico en que bajo el imperio del terror se estructuró una institucionalidad política que vulnera y distorsiona la voluntad de los

ciudadanos (pensemos en el sistema binominal) y una institucionalidad económica – social claramente injusta que en parte importante se mantiene. Incluso las Iglesias han levantado su voz cuestionando escandalosas diferencias entre los más ricos y los más pobres la que califican claramente de inmorales. Las cifras, en este aspecto, no engañan: mientras el 20% más rico recibe el 54,2% de la renta bruta nacional, el 20% más pobre recibe tan solo el 4,5%. Basta, por ejemplo, comparar los standard de vida de La Dehesa con Cerro Navia o de Chicureo con La Pintana. Pues bien, frente a estas preocupantes realidades cabe que nos preguntemos: ¿han hecho los políticos todo lo humanamente posible para revertir estas realidades sociales? ¿han sentido ellos en toda su profundidad, como algo personal, el dolor de inmensas masas humanas? ¿y no es acaso que frente a la inmoralidad de ciertas estructuras la pasividad de los políticos, o de muchos de ellos, se transforma también en una conducta claramente inmoral?. No nos cabe duda de que todas las anteriores son interrogantes que también algo tienen que ver con la lejanía de miles de personas hacia la política.

Terminando, cabe preguntarse ¿Es que acaso lo dicho y lo que todos sabemos sobre el desprestigio de la política, es razón para que los jóvenes se distancien de una actividad que ha sido justamente calificada como una de las más nobles expresiones del quehacer humano e íntimamente relacionada con la posibilidad concreta de superar injusticias y construir un mundo más solidario y humano?

La anterior es una pregunta que también tiene un profundo contenido ético y que todos debemos formularnos pues la calidad de la política en una sociedad depende no solo de los políticos sino de todos los habitantes. En lo personal, mi modesta experiencia me revela que tenemos un pueblo con enormes virtudes y emocionante capacidad para hacer grandes cosas junto a los otros. Además, con una conmovedora capacidad de gratitud con respecto al servidor público honesto. No me cabe duda que en ese mundo, el de las grandes masas humanas, la presencia del profesional universitario joven, honesto y con ideales de cambio de lo injusto

1727-9

será siempre bien recibida. Y que a su vez, este tipo de profesional tendrá también siempre en ese mundo una posibilidad concreta para realizarse como ser humano integral comprometido con lo justo y con los valores éticos y espirituales que hacen grande a un país y a su gente. Lo digo así pues si bien es cierto que existen muchos proyectos personales y sociales de gran significación pocas cosas hay más gratificantes que comprometerse con lo que es la verdadera política: unirse a otros para reflexionar sobre la patria y trabajar por la felicidad de todos sus integrantes especialmente los más marginados y sufrientes.

Reitero, infinitas gracias por la invitación.

Andrés Aylwin Azocar